

CAPITULO CLXXIX.

Famoso sitio de Ostende. — El marques de Espinola. — Mauricio de Nassau se apodera de la Esclusa. — Capitulacion de Ostende.

Ciudad fortísima, tanto por su posición á orillas del mar, como por su terreno arenoso y sus canales y murallas, era Ostende, considerándose como inexpugnable hasta por el mismo duque de Parma, que había creído temerario empeño el tratar de coseguirla por la fuerza.

Alberto, sin tener tal vez la conciencia de la empresa que iba á acometer, sin adivinar el compromiso que iba á correr y solamente por acceder á lo que sus generales deseaban, decidió ponerla sitio y ganarla, y á la par tambien los Estados pusieron empeño en conservarla.

Toda la atención de Europa fijóse en aquella empresa, pues harto conocidas eran las dificultades que á su buen éxito se oponían, y Alberto se vió mucho más comprometido cuanto mayores eran los obstáculos que encontraba.

Agotados todos los recursos ordinarios, empleáronse otros medios por parte de los sitiadores, especialmente para cortar á la plaza toda comunicación por el mar, privándole de los socorros de las provincias, y tanto empeño pusieron y tales recursos usaron, que el inglés Francisco Veyse que la defendía llegó á entrar en tratos con los españoles para su capitulación.

Mas la llegada de refuerzos de Zelanda que no pudieron impedirle, hizo al inglés retractarse entrando el sitio en una nueva fase. El Archiduque se indignó por el mal proceder de su adversario, y ordenó un asalto general, que no le dió por resultado más que la pérdida de gran número de soldados, un motín de los restantes acusándole de haberlos llevado á morir como esclavos, y un acto de severidad por parte de Alberto que hizo fusilar á cuarenta de ellos para restablecer la disciplina.

Pero nada había podido alcanzar el Archiduque, y no hubiese tenido otro remedio que desistir de su empeño por la gran mortandad que hacían los sitiados en su gente, y porque lo moviedizo del suelo inutilizaba todas las obras que hacían los sitiadores, si los dos hermanos genoveses Federico y Ambrosio Espinola no hubiesen ofrecido sus servicios, que eran de gran valor, al rey de España para aquella empresa.

Federico Espinola era muy diestro en las cosas de mar, pero Ambrosio su hermano ni había sido soldado ni parecía que debiera saber nada de arte militar.

Aquél, comprendiendo que la cuestión principal de este sitio estaba en privar á los sitiados de los socorros que con extraordinaria facilidad les llevaban los buques de Holanda y Zelanda, pidió al rey de España seis galeras, que despues se aumentaron hasta catorce, y aún cuando perdió cinco luchando con los buques holandeses, consiguió quebrantar de un modo muy notable el poder que sus contrarios tenían en aquellos mares.

Una bala le arrebató la vida, siendo una gran pérdida para su hermano á quien podía haber servido de mucho en los sucesos posteriores.

Ambrosio Espinola había entre tanto reclutado, con acuerdo del conde de Fuentes, un cuerpo de ocho mil hombres con los que, dirigiéndose á Ostende, impidió que el Archiduque se retirase, resolución que había tomado ya, vista la ineficacia de sus esfuerzos durante un espacio tan dilatado.

Mauricio de Nassau, puesto otra vez en campaña, consiguió apoderarse de la fuerte plaza de Grave, y habiendo fomentado y alentado la rebelion de un cuerpo de tres mil italianos, consiguió despues que se alistara bajo sus banderas, produciendo esto, como es consiguiente, una desmembración de fuerzas en el ejército español de alguna consideración.

Sin embargo, no decayeron de ánimo ni el Archiduque, ni el marques de Espinola, y mientras éste gastaba su patrimonio en recluta de nuevos soldados, el Archiduque pedía servicios extraordinarios á las provincias walonas, y alcanzaba del rey de España los recursos en hombres y en dinero que el estado de la nación permitía.

Pero todos estos esfuerzos eran inútiles. Más de dos años se prolongaba el sitio, y las tropas del Archiduque no habían podido avanzar un paso sin quedar diezmas por los fuegos de la plaza, mientras que las borrascas del mar destruían cuantas obras se construían.

En esta situación el Archiduque decidió confiar la prosecución del asedio al marques de Espinola. Grave y de responsabilidad era el cargo, y el Marques no quiso resolverse á aceptarlo hasta despues de haberlo meditado bastante.

Consultó con personas entendidas, oyó todos los pareceres, estudió sus propias fuerzas, informóse minuciosamente de los medios de que podía disponer, y cuando todo lo hubo calculado bien, entónces aceptó, convirtiéndose de soldado de ocasion en improvisado general.

En octubre de 1603 se hizo cargo de la continuación del sitio, y bien pronto comenzaron á tocarse los resultados de la decisión de Alberto.

Las obras avanzan, todo es actividad y movimiento y comienza á economizarse algun tanto la sangre de los sitiados, obligando á los sitiadores á que derramen tambien la suya en la misma proporción que aquéllos.

Apriétase el cerco de tal modo, que los defensores de Ostende empiezan á comprender que la hora de la capitulación se acerca, y los Estados adivinando su situación, comprendiendo que la pérdida es inminente, procuran distraer las fuerzas de los sitiadores á fin de librar la plaza del peligro que la aguarda.

Para este efecto, y comprendiendo que únicamente Mauricio de Nassau puede salvar aquel conflicto, ordénale que reúna toda la gente que le sea posible y llame la atención del enemigo.

El hijo del príncipe de Orange con un ejército de diez y ocho mil hombres entre la gente de mar y tierra marcha en abril de 1604 á poner sitio á la fuerte provincia de la Esclusa.

Diez y seis años ántes, el duque de Parma había reunido fuerzas de consideración para apoderarse de aquella plaza segun llevo dicho, considerándola como una de las conquistas más difíciles que había realizado.

Mateo Serrano, oficial que tenía adquirida una excelente reputación en el ejército español, defendía la plaza con una escogida aún cuando corta guarnición.

Mauricio de Nassau comprendió toda la importancia de la operación que le estaba encomendada y desde los primeros momentos dedicóse con tal ardor á esta empresa, que en breve espacio puso la plaza en grave aprieto.

El Archiduque, viendo el riesgo que corría y lo que importaba su conservación, apresuróse á enviar refuerzos; pero aún cuando primero Luis de Velasco y despues el mismo marques de Espinola trataron de acudir en su auxilio, no fueron bastantes sus esfuerzos para impedir la catástrofe.

En agosto de 1604, despues de haber estado por espacio de cuatro meses defendiéndose con un valor á toda prueba, vencidos por el hambre más que por las balas de sus enemigos, los soldados españoles, convertidos en espectros, no tuvieron más remedio que rendirse con todos los honores de guerra.

«Cuando salieron de la plaza, dice un historiador, movía á compasión ver aquellas efigies de hombres, y en las dos horas cortas de camino que hay de la Esclusa á Damme, cayeron muertos de necesidad más de sesenta.»

La pérdida de la Esclusa, pérdida verdaderamente importante para los españoles, obliga al marques de Espinola á apretar con mayor fuerza el cerco de Ostende, y apenas vuelve de su infructuosa expedición para salvar aquella plaza, infunde su ardiente deseo y su indomable energía en el corazón de sus soldados, y todos ellos pónense á trabajar con mayor empeño.

A la par que las obras de sitio adelantan, se combate y se asalta y presto comprenden los sitiados que se les va estrechando el círculo que les rodea.

Mauricio de Nassau trata de hacer algun esfuerzo en favor de los de Ostende, pero desiste de ello sin gran disgusto, considerando los peligros que á su empresa le ofrece la innumerable serie de canales, trincheras, diques y pantanos que rodean el campo de los españoles.

Estos á su vez prosiguen su movimiento de avance; las aguas de aquellos ríos y las moviedizas arenas de aquel suelo, enrojécense con la sangre de los soldados de tan diversos pueblos; considéranse perdidos los sitiadores, y á pesar de que todavía ascendía el número de estos á cuatro mil hombres, entablan negociaciones para la rendición de la plaza.

El día 20 de setiembre de 1604, cuando hacía ya más de tres años que duraba aquel sitio, verificóse la capitulación, la cual se hizo bajo las más honrosas condiciones.

En consecuencia de ella, marcharon los vencidos á la inmediata fortaleza de la Esclusa, produciendo extraordinario asombro tanto en el Archiduque como en sus generales, ver el estado que ofrecía la población cuando penetraron en ella.

La fama del marques de Espinola extendióse por todas partes, y el que ayer era completamente desconocido aún como soldado, en breve espacio adquirió la reputación de consumado y entendido general.

«Así terminó el memorable sitio de Ostende, dice un historiador moderno, memorable, no tanto por sus consecuencias, puesto que entre tanto los enemigos se habían apoderado de otras plazas tanto ó más importantes y útiles, cuanto por el empeño de tantas naciones, de las unas para tomarla; de las otras por mantenerla, por su mucha duración, por los tesoros que allí se consumieron, y sobre todo por la sangre que se derramó, pues se calculó que perecieron en aquel sitio entre sitiadores y sitiados sobre cien mil hombres (1).»

Efectivamente, graves pérdidas se experimentaron por una y otra parte, y si es cierta la estadística formada por Vivanco, ayuda de cámara de Felipe III, de nuestra parte murieron más de cuarenta mil entre soldados, alféreces, capitanes y otros personajes de cuenta, y del enemigo más de setenta mil, contándose entre ellos siete gobernadores de la plaza (2).

(1) Beattivoglio, *Guerras de Flandes*.
(2) Vivanco, *Historia inédita de Felipe III*.



LOS ESPAÑOLES BAJO EL MANDO DE ESPINOLA CRUZAN EL RHIN.

CAPITULO CLXXX.

Llega el marques de Espinola á España.—Favorable acogida que obtiene.—Regresa á Flandes.—Pasa el Rhin.—Vuelve otra vez á España.—Condiciones bajo las cuales se reúnen los fondos que necesita.

GRANDES esfuerzos había estado haciendo Enrique IV de Francia para impedir la realización del tratado de paz entre el rey de Inglaterra y Felipe III, pues como se podrá comprender bien, por ningún estilo le convenía, llegando al extremo de enviar al famoso duque de Sully á Londres, distribuyendo por valor de sesenta mil coronas de regalo, sin que á pesar de esto consiguiera su objeto, según ya hemos tenido ocasión de ver.

Tiempo era ya de que cesase aquella desdichada guerra, base fundamental del quebrantamiento de nuestro poder marítimo, y que había sido hasta entonces una rémora, tanto para la recepción metódica de las conductas de dinero de América, cuanto para disponer de fuerzas que emplear en la guerra de Flandes, donde tanta falta estaban haciendo.

Lógico parecía que con aquella paz todo esto pudiera regularizarse, vivir la nación más desahogada, cosa que, por cierto, de cada día se hacía más preciso, y reunir todos los esfuerzos para poner término á aquella otra sangría de los Países Bajos que tan debilitada estaban dejando á la nación.

En el tratado de paz entre Inglaterra y España, como hemos visto en el anterior capítulo, hallábase comprendidos los Países Bajos, á pesar del compromiso que anteriormen se contrajera Jacobo VI de seguir protegiendo á los rebeldes, y con el objeto de obtener recursos de alguna mayor consideración, aprovechándose de la circunstancia de la paz, el marques de Espinola vino á España por primera vez.

La toma de Ostende había dado una reputación notable, y la recepción que tanto los reyes como la corte le hicieron, debió lisonjear su amor propio y dejar satisfechas todas sus aspiraciones.

La inteligencia y el denuedo demostrados por el ilustre genoves durante la campaña y los sacrificios que hiciera, quedaron recompensados con el afecto de los Monarcas, de que le dieron repetidas muestras nombrándole general y gobernador de todas las armas en aquellas provincias, confiándole la administración de Hacienda de las mismas, honrándole con el Toison de oro y con otras pruebas de cariño y gratitud.

La oportunidad con que por entonces llegó una flota de América, permitió que se le facilitara una fuerte cantidad para pagar á las tropas y hacer nuevos reclutamientos en Alemania, dando además las órdenes convenientes para que fuesen á Flandes dos tercios de Italia y uno de españoles.

Cuando en 1605, y de regreso el de Espinola en Flandes, pudo emprender las operaciones, encontró al príncipe Mauricio de Nassau en las márgenes del Escalda con un ejército de diez y ocho mil hombres próximamente, intentando un golpe de mano sobre Amberes.

Por más que el marques de Espinola no pudiese contar más que con los tercios italianos, pues el de españoles, que iba embarcado, fué en su mayor parte apresado por una flota holandesa en el canal de la Mancha, realizó su propósito pasando al otro lado del Rhin, estableciendo, por decirlo así, su cuartel general en Maestricht.

Apoderóse de algunas plazas de la Frisia, fortificólas convenientemente, destruyó otros fuertes del enemigo, y uniéndose á estos triunfos los que el conde de Bucquoy obtuvo en Gúldres, dió por terminada aquella campaña, pues á ello le obligaron las lluvias, y repasando el río después que las tropas hubieron quedado en sus cuarteles de invierno, volvió de nuevo á España en demanda de nuevas cantidades para atender á las necesidades crecientes siempre y jamás del todo satisfechas, originadas por aquella guerra tan dilatada.

Con bien desdichada suerte llegó esta vez el Marques. Una borrasca había deshecho la flota que venía de América, y no se sabía el paradero de los buques que la componían, y como en España no existían otros recursos que los de aquellos países, merced á la mala administración de que ya hemos hecho mérito, todas las atenciones públicas, todas las obligaciones contraídas por el Estado, todas las necesidades creadas por aquella guerra, habían de sufrir las consecuencias del temporal que había corrido la conducta del dinero de las Indias.

Ante la imposibilidad de adquirir los recursos indispensables para la prosecución de la guerra, el Marques manifestó su resolución de abandonar el mando, y esta amenaza que, de haberse convertido en hecho, podía haber tenido tan fatales consecuencias, aterró á los ministros de Felipe, que decidieron á todo trance y por todos los medios proporcionar á Espinola lo que necesitaba y reclamaba con tanta justicia.

Pero entonces se puso completamente de manifiesto el poco crédito de que disfrutaba aquel gobierno, que hubo de pasar por la humillación de que los comerciantes de Cádiz, á quienes había recurrido para que le hicieran un empréstito sobre los fondos que habían de llegar de América, le manifestaran resueltamente que no hacían anticipo alguno, sino lo garantizaba el marques de Espinola con los bienes que en Italia poseía, pues de este modo estaban más seguros del cobro.

Este prestóse generosamente á ello, y el gobierno no tuvo otro

remedio que pasar por aquella vergonzosa condición, para proporcionarse una cantidad, que con otra administración, con otro tino y otras medidas de las que hasta entonces usara, hubiese podido tener dispuesta para circunstancias semejantes, tanto de lo que podía haber ido ahorrando de los servicios de las Cortes, cuanto de lo que hubiese podido quedar sobrante de los productos de las flotas de América.

Volviendo á repasar el Rhin, comienza el marques de Espinola su campaña de 1606, y dirigiéndose hacia Zutphen, se apodera de algunas plazas, poniendo finalmente sitio á Ribinberg, en el cual corrió graves riesgos, portándose bizarramente desde el general hasta el último soldado, aumentándose con este nuevo hecho de armas la fama militar y la reputación de valeroso é inteligente que ya tenía el marques de Espinola.

Más á pesar del nuevo sesgo que había tomado la guerra, lo mismo el Marques que las provincias rebeldes, comprendían la necesidad de paz que tenían al cabo de cuarenta años que llevaban de combatir.

No se le oscurecía á Espinola que sus triunfos ni eran decisivos ni podían serlo por la escasez de recursos de que disponía, y que España no podía proporcionarle otros, por las condiciones especiales en que se hallaba.

Había concebido grandes proyectos, había ideado empresas que, dadas sus condiciones, hubiese tal vez realizado, pero tropezaba con inconvenientes invencibles, y á pesar de aquellas victorias los insurrectos seguían cada vez más pujantes.

Tesoros de consideración había invertido España en aquella guerra, vasto cementerio de las tropas españolas estaba siendo aquel país durante muchos años, y sin embargo, el espíritu rebelde no se había dominado, ni los recursos habían faltado en las provincias insurrectas.

Todos los soberanos, envidiosos de las glorias de España, habían prestado su ayuda á aquella insurrección, porque sabían que con ella se debilitaba el país, y de este modo, y merced á estas protecciones, mientras España había visto amenguarse su poder en aquellas provincias á pesar de los sacrificios que había hecho, la rebelión había crecido, y precisamente en los momentos que hablamos los holandeses principiaban á batirse y á vencer al poder marítimo de España, á aquel poder que Inglaterra había sido la primera en quebrantar por causa de esta misma guerra, según hemos dicho repetidas veces.

El marques de Espinola había adquirido una reputación, pero sabía muy bien los esfuerzos que había tenido que hacer en España para obtener los recursos que le ayudaron á ganarla, y temía que, á consecuencia de la falta que éstos pudieran hacerle en un momento determinado, perdiera todo el crédito y toda la fama conquistada.

No le halagaban los triunfos del momento; discreto á la par que valeroso, comprendía, como dice muy bien Lafuente, «lo que muchos años antes que él hubieran debido conocer y querer los reyes y los ministros de España.»

Las provincias que habían obedecido al dominio español hallábase también terriblemente fatigadas, y en varias ocasiones habían mostrado ideas favorables á una transacción con las rebeldes hermanas suyas en otro tiempo.

Esto lo conocía también el Marques, y como que por otra parte el archiduque Alberto desde que comenzó su reinado, más había sentido pesares que disfrutado venturas, conforme se ha podido juzgar por todo lo expuesto, no era tampoco desfavorable á la idea de una avenencia.

La cuestión estaba en el modo de tratar ó proponer aquella paz, pues si bien España la necesitaba y le convenía, no podía decorosamente ser ella quien la propusiera para exponerse á una humillante negativa.

El comisario general de la Orden de San Francisco, Fr. Juan Ney, se encargó de esto, y la respuesta que dieron los Estados á las exploraciones del buen religioso, fué que no entrarían en trato de ninguna especie mientras que no les fuese reconocida su libertad é independencia.

Por más que semejante condición repugnase lo mismo al Archiduque que al gobierno, obligaba la necesidad, y el comisario general de San Francisco marchó á la Haya á exponer en el Consejo de los Estados generales la proposición, encaminada á una suspensión de hostilidades, preliminar indispensable para entrar en tratos de otra índole.

Las provincias accedieron á aquella suspensión por el espacio de ocho meses, que debían contarse desde el mes de mayo de 1607, manifestando los archiducos, por medio de una escritura particular, que convenían en aquella suspensión con las Provincias Unidas en calidad de provincias y Estados libres, sobre los cuales no tenían pretensión de ninguna clase.

El anuncio de este acuerdo fué recibido en todas partes con extraordinaria alegría, tanto era el deseo que respecto á la paz existía, esperándose la ratificación del rey de España, ratificación que debía darse en el término de tres meses.



EL SHAH DE PERSIA RECIBE Á LOS EMBAJADORES DE ESPAÑA